

brate Basilio, después de muchas evoluciones en filiación no interrumpida, nos quedan de aquellas bárbaras costumbres, las velas que los civilizadísimos pueblos del siglo actual colocan en el día de difuntos en las tumbas de sus deudos.

En la misma forma, o en otra, si más a mi gusto cuadra y espigando donde pueda, iré contestando a la zarta de preguntas con que te me has venido encima; entre tanto, dejemos a los muertos sus papas, arroz y *mucbi-pollos* y también sus perfumados cirios de blanquísima cera, ardiendo en artísticos candelabros de metal bruñido.

Te quiere tu amigo

ARCADIO ZENTELLA.

Campeche, Febrero 2 de 1895.



## CARTA

### III.

Mi querido  
Basilio:

Te agradezco el cuidado y solicitud

con que atiendes á mi buena reputación. No son mis cartas, como aseguras, motivo de escándalo, ni vale aquello que de Cristo me citas «¡Ay de aquel que escandalizare!» Columna y media dicen que es lo más que puede soportar el lector más asiduo del periódico más conspicuo, y no hay aquí, ni constancia para leer, ni periódico sobresaliente. Hazte cargo Basilio, que un individuo se pasea en traje paradisiaco por entre gentes que de antemano se han tapado los ojos. ¿Crees tu que éste individuo colore de sonrosado la más pudorosa mejilla, siendo así que nadie le vé? Así, si yo con sus pelos y señales te hubiera relatado el milagro

de cualquiera de las muelas de Santa Apolonia, te juro, a fe de buen creyente, que hubiera pulido la frase, procurando lucir atildada galanura de habilista consumado, pues entonces estaría seguro de que mi pobre producción serviría de modelo en una de esas escuelas donde es Ripalda el libro que más se desencuaderna a fuerza de tanto resobo. Pero hablando de la génesis de nuestras creencias, de las leyes de la vida y de la sociedad ¿a quién quieres que escandalice, si con trabajo hay uno por diez mil, que no se tape los ojos, en la mole inmensa de masa ignara que forma eso que llamamos humanidad? Ya hay un buen número de gentes que han aprendido el alfabeto y hasta leen de corrido, no lo niego, pero a propósito de lo que esas gentes leen, voy a copiarte un párrafo de un célebre escritor inglés contemporáneo: lee con atención. «Las inteligencias menos desarrolladas,, incapaces de descomponer los hechos complejos y de asimilarse las partes constituyentes, devoran con avidez hechos en su mayor parte sin valor; esa masa enorme absorbe por consiguiente pocos mate-

riales útiles para las concepciones generales. El régimen de alimentación concentrado que suministran las experiencias del físico, las investigaciones del economista, los ideales del psicólogo, les son insoportables; no pueden digerir esa alimentación: en cambio, se muestran golosos y ávidos de detalles triviales, de conversaciones de sobre mesa, de los hechos y gestos de las personas de moda; dan publicidad a los asuntos criminales y a las causas de divorcio; no leen más que novelas de desecho, memorias de personajes oscuros, volúmenes de correspondencias poco edificantes, algunas veces un libro de historia, en el que no admiran sino las batallas, los hechos y los gestos de los hombres de nota. Para espíritus de ese temple, desprovistos de aparatos de análisis y de sistematización, es tan solo útil ese género de forraje: nutrirlos con alimentos más succulentos, sería tan impracticable como alimentar una vaca con carne».

Tanta verdad entraña el párrafo que te he copiado, que por poco observador que seas, habrás visto en tu pueblo natal, cómo se com-

portan las gentes que concurren a las tertulias en los lugares públicos; la chismería es el campo de todas las pláticas, y cuando alguno de cuestiones complexas trascendentales trata, nota que bien pronto se hace el vacío a su derredor y se queda hablando con el taburete de enfrente; pues esto mismo que pasa en tu lugarejo, acontece en las capitales populosas, porque es muy grande el número de los que han aprendido a leer por mera moda. Ya te solté la palabra, moda dije, y esta carta de moda ha de tratar, siguiendo tu consejo: «deja de escribirme con tanto intrincamiento, y ya que el vicio de plumista no te deja, escribe de la moda que es asunto divertido y por trivial a todos interesa».

No bien haces un esfuerzo para salir de un error, caro Basilio, cuando incides inmediatamente en otro. Dices que la moda es asunto trivial y divertido. Divertido, no te lo negaré, aunque no en el sentido que tú tomas la palabra, pero de trivial te aseguro que nada tiene. Es para ti la moda, la usanza en el vestir, el lugar en que el invitado debe sentarse á

nuestra mesa, y si con el cuchillo o con la mano debe partirse el pan; la moda es todas estas cosas y muchas más del mismo género, pero también es algo que está diciendo á las claras la génesis de tanto que tenemos por invención, siendoa así que no son sino ropajes a la continua modificados, de las fuerzas que han dado vida a las leyes biológicas; desviste la panoja, amigo, y causarate asombro ver los relucientes y nutritivos granos que bajo las ásperas hojas se ocultan.

Mas basta de circunloquios y vamos a empezar, no levantando la falda, sino estudiando esas fuerzas que se hallan hoy arropadas con la enagua de crujiente seda; apartemos el faralá y las blondas, y ya verás como, imitando a los zoólogos anatómicos, que hacen del ala del murciélago un brazo con su mano y todo, haremos de ciertos fines de la moda la polla más guapamente trajeada.

Decididamente el primer fin del humano linaje, que quizá no siempre fué humano, el linaje no el fin, es la conservación de la especie, y todos los demás fines si se suprime,

éste, no podrán ser ni siquiera creaciones de la fantasía, pues no existiendo el sujeto sobrarían los atributos.

Por mucho que se ahonde, Basilio, en busca de las fuerzas intrínsecas del hombre, fuerzas de donde ha nacido todo ese mare magnum que constituye la vida tan compleja de las modernas sociedades, siempre tropezaremos con lagunas difíciles de encontrar. Te dije que el primer fin del hombre era la conservación de la especie, y por eso seguramente existe en él una poderosísima fuerza que lo lleva á buscar el aplauso como factor importante para llenar dicho fin, y por eso es tan espontáneo, que, la pantomima que sirve para significarlo no es hija de la educación, y así verás que el niño enseña su contento batiendo palmas y saltando con movimientos rítmicos. Pero ¡qué lejos estamos de llegar á la moda, última evolución que conocemos de tales fuerzas!

Yo bien sé, Basilio, cuan paciente y curioso eres, y por eso sin temor de abusar de tu primera cualidad, que de seguro no la tienes tan

grande sino por lo que ella te sirve para satisfacer la segunda, voy, si me acompañas, a hacer una excursión a lejanos tiempos, y de ella vendremos estudiando las costumbres hasta tropezar con las actuales, en que reina la moda como deidad omnipotente. Y te anticipo esta proposición que vamos a procurar sacar en claro de nuestro trabajo retrospectivo: «La moda ha nacido de la rivalidad, al ceremonial, y es esencialmente democrática y enemiga del militarismo».

Errante y vagabundo el hombre, cuando las circunstancias del suelo lo permitieron, formó las primeras agrupaciones para hacer menos difícil la lucha por la vida; predominaba seguramente en él la necesidad de comer al igual que la de defenderse de los mismos animales a quienes atacaba, y fueron por consiguiente, estas agrupaciones de un carácter netamente militar

Desposeído de todo elemento de orden que regularizara estas primeras informes relaciones sociales, es evidente que ellas no se sostuvieron, sino en virtud de la necesidad que

constreñía al hombre primitivo a buscar al compañero como un agregado para aumentar la fuerza que lo pusiera en condiciones de vencer a la fiera en la lucha de quién, se comía a quien. De los diversos combates resultó la superioridad de uno que fué a la vez el más fuerte en la lucha procumunal y en la que, indudablemente, sostenía para la repartición del botín, y así nació el primer jefe y la primera organización militar. La superioridad engendró la distinción de clases, y el que mandaba, tenía distintivos que no debía usar el inferior, y el acatamiento se hizo patente por innumerables actos que indicaron sumisión y respeto. Encontrada esta clave, Basilio, ya verás como vamos a descifrar multitud de prácticas que hasta hoy existen. ¿No has levantado tu garrote para pegar al perro que te acompaña, y no has visto como se echa al suelo patas-arriba, te mira con cariño y bate la cola? ¿Quieres un acto de sumisión más natural? «Pégame, te dice, en la posición en que estoy no puedo evitar el golpe, soy todo tuyo y, tan no me enojan tus garrotazos,

que mi cola y mis ojos te están diciendo que te quiero». Cuando el jefe adquirió sobre sus socios de combate un dominio semejante al que tú tienes sobre tu perro, su mímica, para desarmar el brazo del airado cacique, debe haber sido igual a la de tu mastín. No te abrumaré con citas, Basilio, para probarte que esta costumbre de echarse por tierra ha sido en todos los pueblos una muestra de sumisión al vencedor, y que, a medida que menguaba la dureza de la esclavitud, se iba relajando y evolucionando en un sentido menos humillante; de echarse por tierra ha pasado a la genuflexión: doblábanse antes ambas rodillas, después una solamente, llegando, en el saludo de nuestros abuelos, a la indicación de hincarse, y conservándose hasta el presente, en varios ancianos, que no pueden saludar sin echar atrás el pié derecho, como si se fueran a arrodillarse, movimiento generado por la postración del primer bárbaro que rindió vasallaje al vencedor.

Con nuestras maneras de ver las costumbres actuales, sin preguntarnos la génesis de ellas, o dándonos por tal la razón que se nos ocurre,

hemos creído que el hombre inventó el vestido para abrigarse, y esto lo creemos los más naturalistas, pues hay muchos que piensan, conformándose con la Biblia, que la hoja de parra fué el primer vestido, como si el pudor hubiera sido la primera necesidad engendrada por la desnudez.

No mató el hombre al oso para que su velluda piel lo librara de la intemperie, y si se cubrió con ella, fué para que le sirviera como insignia de su hazaña; tan es así, que cuando en el combate vencía a su compañero salvaje, le arrancaba el cuero cabelludo y con él se forraba la cabeza; y las garras de las fieras, le sirvieron de adorno, y con los colmillos de los animales, por él muertos, hizo zartas con que rodeó su cuello. El vestido, pues, fué en su origen, símbolo de victorias alcanzadas, y muy fácil sería seguir en la historia de los pueblos todas sus modificaciones, hasta llegar a la púrpura de los reyes, siempre como señal de predominio, como muestra de superioridad, caracterizando por su forma, por su color, por su costo, la condición del individuo que lo porta; por eso el que debe humillarse rasga sus vestidos, descatza sus

pies, y nosotros damos una muestra de respeto descubriéndonos la cabeza. No es muy difícil percibir en la génesis del vestido, cómo de la materialidad de descubrirse el cuerpo, nació el pudor. El que es más distinguido por sus hazañas, el jefe de la tribu, y por consiguiente sus mujeres, tienen derecho, primero, a cubrirse completamente y, después, a enseñar en la amplitud, holgura y largo del vestido, la mayor altura en que se hallan colocados en la escala social, que principia por el prisionero reducido a la esclavitud y concluye por el jefe vencedor en la jornada. Hasta hoy percibimos estos refinamientos del pudor; rojas se pondrían las mejillas de nuestras damas, si por descuido enseñaran el pié descalzo, y andan por esas calles de Dios muchas mujeres con las enaguas a media pierna, contentándose el observador superficial con exclamar: «¡Las costumbres!»

Sí, las costumbres, que son hasta en la actualidad una expresión de las relaciones entre el vencido y el vencedor; escaso vestido para aquel y amplio y completo para éste, impudor

en el uno y pudor en el otro, sentimiento que se va desarrollando en la proporción que tienen las gentes más posibilidad para arroparse. ¿No saltan a tu vista, Basilio, con entera claridad tales verdades al ver el cuadro que tienes por delante? ¿No están en tu presencia los vencidos y los vencedores, medio vestidos los unos y cubiertos los otros de la cabeza a los pies? Por más que aprietes el torniquete y comprimas tu cerebro, no darás al pudor otra génesis que las relaciones entre el vencido y el vencedor.

Al empolvarse el caído daba una muestra de sumisión, y por eso de ceniza se cubrieron, y aun se cubren, vencidos y penitentes en sus actos propiciatorios, y al terminar el bullicio del antruejo, prepara el católico sus introitos a la cuaresma con una pintorreada de ceniza en la frente para mostrar su vasallaje.

El vencedor queda en pié, así los vemos en lienzos y mármoles; de aquí a la idea correlativa de que en alto está el triunfador, no se necesita para llegar a ella hacer un gran esfuerzo de imaginación, y viene por evolución la idea del trono, del alto camarín y el gloria in exelsis Deo.

Pero no basta al vencido, en sus actos propiciatorios, tirarse por el suelo, cubrirse de inmundicias, caer de rodillas y doblar el cuello, es necesario asociar a todas estas ceremonias de humillación, algo más propiciatorio al vencedor; no basta el rendimiento, es preciso que se muestre el esclavo contento con su servidumbre, lo cual es una manera completa de humillarse hasta llegar a la total postración, enseñando amor al que restalla el látigo. No serían completas, Basilio, las muestras de rendimientos que te da tu perro, poniendo el lomo en tierra y las patas al aire, si al propio tiempo no te hiciera caricias, batiendo la cola y mirándote con ojos húmedos de afecto. El hombre asoció sus naturales gestos de placer a su ceremonial de humillación, y danzó, como David al derredor del Arca Santa, delante del cacique que, cubierto de piel de oso, ostentaba en su diestra la gruesa macana. Con cantos de júbilo saludaron al vencedor, como a Cristo los judíos con hosannas, y el beso, que ha llegado a ser símbolo de cariño, principió depositándose en las huellas que a su paso de-

jaba el amo; llegó a los pies y subió a las manos, y de allí a los labios para producir la sacudida nerviosa característica del amor satisfecho.

Yá verás por ésta síntesis cortísima, que te he hecho de la evolución de las costumbres, cómo de la lucha por la vida nació la primera agrupación necesariamente militar; gobierno rudimentario, que basado en la fuerza, tuvo que establecer diferentes gradaciones entre los individuos que formaban los grupos; que estas gradaciones dieron origen a la insignia rudimentaria que, de una manera exterior, señalaba el valor de cada uno con relación al conjunto; verás, como desde el momento que hubo desigualdades, nacieron los signos decorativos y se establecieron las ritualidades que llevaban inóvitas las relaciones del inferior con el superior. No está fuera del caso hacerte la observación de que en la misma forma en que evolucionaban las costumbres netamente civiles, con señalado paralelismo se desenvolvían las ritualidades religiosas, que son también las consecuencias del militarismo, y por eso verás que

todas las religiones afectan la organización militar; y tronos tenemos en la tierra y en el cielo, y allá como aquí, es lugar de distinción la derecha, porque es una prueba de confianza ceder el lado que entorpece la acción del brazo que más se acostumbra ejercitar para el ataque y la defensa; de rodillas pidieron nuestros antepasados al cacique que les perdonara la vida, y de rodillas imploran los sectarios al muerto convertido en Dios, y se besan las plantas del vencedor y las de las imágenes.

Dueñas las razas que sobrevivieron en la guerra universal a que todos estaban condenados, para vivir del vencido, apropiáronse el mejor terreno, y al desarrollo del individualismo, se ligó el desarrollo de la agricultura, quedándole al individuo cierta suma de independencia, porque la necesidad de considerar los intereses de la tribu, como suyos propios, fué siendo menos intensa, desde el momento que podía él bastarse en algunos casos; esta flojedad de las leyes de subordinación tenía que iniciarse por formas contrarias a las costumbres establecidas por el militarismo, y

de allí, de una manera lenta, a proporción que el individualismo ganaba terreno, fué apareciendo la moda, símbolo de rendición de la independencia militar. Así observarás, cómo el traje de la moda nacional, de los diversos pueblos, es menos ajustado a un cartabón, mientras son más civiles sus instituciones. En la Francia, a pesar de que da a la moda en cada estación un tipo, por la organización militar que se ha visto precisada á mantener, primero como opresora, y después para defenderse, encontrarás la característica casi uniforme blusa del obrero, que es como si dijéramos, el traje nacional. En España cuyo militarismo está tan íntimamente enlazado con su sistema religioso, cooperando y fortaleciendo el uno al otro, verás que poco ascendiente tiene la moda, y con qué persistencia conservan sus provincias los trajes lugareños; lo propio sucede en Alemania, donde la presencia de un oficial en la calle, mata, digámoslo así, la vitalidad del soldado, que se convierte en estatua, hasta que desaparece el Jefe. En Inglaterra, donde está algo rebajado el militarismo, se se-

ñala menos la inferioridad por el traje, y en los Estados Unidos, donde se practica la libertad de cultos, y el militarismo, después de la guerra de independencia y la civil contra la degradante esclavitud, poco ha influido en las costumbres, es el traje casi uniforme y poco se manifiesta la distinción de clases.

Así notarás, Basilio, que los pueblos son rutinarios, cuando carecen de instrucción, esto es, cuando los adelantos de las ciencias y de las artes penetran en ellos con dificultad, y tienen poco poder para asimilarse los progresos de las sociedades que poseen una estructura más compleja. Estos pueblos son como los rebaños de carneros, que por donde desfila la primera oveja va la segunda, y así sucesivamente saltando todas en el mismo lugar en que saltó la que le precede; así vuelan muchas aves y los gaitanes describen unos tras otros, la misma curva, y van los cardumenes de pescados batiendo sus aletas en la misma dirección que marcha el que los preside; en tales sociedades es muy persistente la organización primitiva, que como te dije antes, es la militar, y

por consiguiente la más rudimentaria; poco o ningún valor tiene para ellas la crítica, y aceptan las costumbres de ayer sin exámen, resueltos a enseñarlas a sus descendientes, recomendándoles que no se aparten de los usos de sus mayores, llegando a hacer de esto una virtud y timbre de envidiable moral, siendo así, que lo que demuestran, es poco poder imaginativo, escaso número de ideas, y muerta la facultad creadora, que es signo seguro de un fecundo desarrollo cerebral. Esos pueblos te dán por razón de sus acciones la educación que les dieron sus padres, que a su vez la recibieron de sus abuelos, y con orgullo de necios esclaman: ¡profeso la religión de mis abuelos! ¡sigo por norma de mis actos, lo que me inculcaron mis padres! esto es, se declaran calabazas, que las generaciones anteriores se cuidaron de rellenar. Todo esto te probará, Basilio, que la moda es eminentemente emancipadora y enemiga del servilismo, y sin embargo oirás decir: el imperio de la moda, caprichos de la moda. Si tuviera imperio no predicarían contra ella los que tienen empeño en que

las costumbres, engendradas por la organización militar, permanezcan estacionarias, coadyuvando a mantener el servilismo, llamándola caprichosa siendo así que obedece a un desenvolvimiento progresivo, y a una mayor suma de ideas de que se apodera la facultad creadora para modificar las costumbres, favoreciendo al individualismo, resultante de una fuerza inicial, que es el más poderoso vínculo de las sociedades cultas, me refiero a que todos tienen deseos de agradar a sus semejantes, deseos que se dan de mano con la conservación de la especie y de los cuales te hablé al principio de esta carta, asegurándote que es el primer fin humano. Tal vez habré defraudado tus esperanzas, quizá querías que te hablara del chaquetín escotado, de los perigallos, del aprisionador corselete, y de la flotante o ajustada enagua, de todo eso que el vulgo llama fruslerías, y que te aconsejo Basilio mires con respeto, pues todo ese conjunto representa un paso más a la emancipación política de las sociedades; todo ello nos va enseñando que el individuo está menos obligado a sacrificarse en beneficio de la congrega-

ción, porque ya no forma con ella un todo homogéneo, y lentamente va adquiriendo la representación de su propio valer. La necesidad de la defensa, intentísima fuerza de cohesión, que ligaba a los hombres primitivos hasta reunirlos en un todo en que se perdía la personalidad, va desapareciendo, combatida por el altruismo; y la moda, es en algunos casos, representante de ese sentimiento regenerador, y siempre su poderoso auxiliar. Piensa, Basilio, que ya no es el melenudo pellejo del león, el sombrero que ostentaba como insignia de mando el cacique vencedor, y que ya hay muchos que han conquistado el derecho de tener pudor en todo el cuerpo, ensanchando la hoja de parra que se ha trocado en estéticos jubones y en amplias o estrechas faldas de sedoso terciopelo.

Te quiere.

ARCADIO ZENTELLA.



## CARTA IV.

Mi querido Basilio:

Intrincado y espeso es el breñal en que me has metido con las afirmaciones de tu última carta y con las preguntas que me haces. ¿De dónde sacas que yo soy partidario de la poligamia y por qué te desatas en denuestos contra los positivistas? Esta escuela y los masones, son la plumilla de dientes de los irreflexivos y de los necios; de los masones no ha mucho que oí en un corro de desmoldados, afirmar, que le daban de puñaladas a la hostia, escupían la imagen de Cristo y hacían indecencias con el cáliz, como si le importaran tales fruslerías a gentes tan sesudas; y te participo que no soy masón, y seguramente no lo seré, no porque